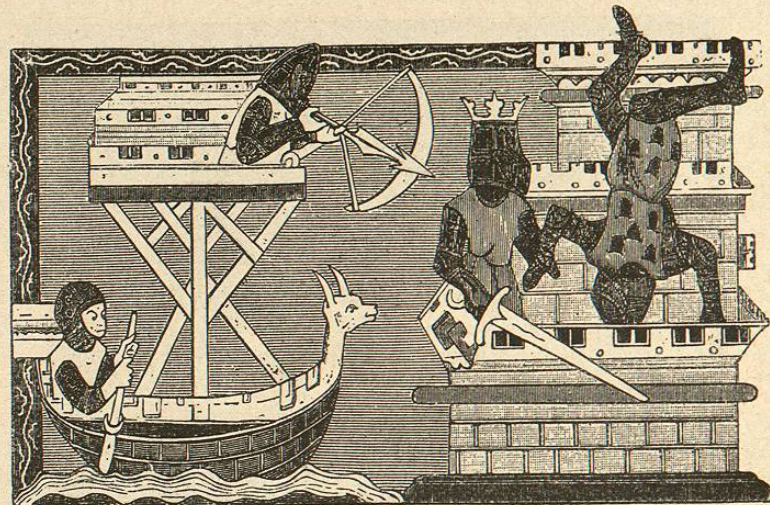


hacían por insertar en ellos una cláusula que le garantizaba, mediante una contribución especial, contra la depreciación de la moneda (cartas de Orleáns de 1183 y de Saint-Quentin de 1195). Los habitantes de municipios solían pedir y obtener que la moneda no sufriera alteración entre ellos sin su consentimiento propio.

VIII.—El ejército (1)

El ejército de Felipe Augusto no es ya la gran «hueste» feudal compuesta de tropas proporcionadas, según la ley de los feudos, por vasallos de la corona. No pone en movimiento la gran masa de contingentes feudales

los caballeros nobles de fines del siglo XII. Visten el *haubert*, túnica de mallas de acero que baja un poco más que las rodillas, con perneras de cuero cubiertas igualmente de mallas. Sobre el cuello y envolviendo toda la cabeza, por modo que sólo quedaran al descubierto la nariz y los ojos, llevan un capacete de mallas, y sobre la cabeza un puntiagudo casco de acero, ligeramente inclinado hacia adelante, cubriendo justamente el occipucio y protegiendo la nariz por medio de un *nasal* alargado en la base delantera del casco. Su arma favorita es la espada, muy luenga, cayendo sobre la pierna izquierda y unida á un cinturón. En la diestra mano llevan su lanza, guarnecida de un ancho hierro en trián-



Sitio de una ciudad marítima. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

más que en casos de extrema necesidad, ó cuando no se veía forzado á obrar de prisa, lo que acontecía raramente. Generalmente no conserva al lado suyo más que un cuerpo de caballeros á sueldo, reforzado por un número más ó menos considerable de gente de á pie, y á caballo y de tropas de soldados aventureros. Es un ejército real que puede conducir adonde su política lo exija y conservar mientras no falten los dineros del sueldo. No es el primero de los reyes de Francia que se paga con regularidad una caballería permanente: Luis VII lo realizó antes de él, pero Felipe dió á esa institución la fijeza de que carecía. Por otra parte, los Plantagenet le habían tomado la delantera en este sentido. Enrique II, Ricardo y Juan *Sin Tierra* no emplearon para sus guerras casi nada más que mercenarios, confiados á las órdenes de los jefes de banda.

El núcleo de las fuerzas militares de Felipe Augusto se compone de *milites* más ó menos nobles, sirviendo á las órdenes del condestable y de los mariscales. Las cuentas del tesoro están llenas de menciones relativas al sueldo de esta caballería; vese en ellas que el gasto hecho para cien caballeros en diez días sube á trescientas libras. También pagaba Felipe en tierras: concedía verdaderos feudos militares, casi siempre á título revocable ó pasajero.

El armamento y traje de estos soldados es el de todos

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Boutaric, *Les Institutions militaires de la France*. Delpech, *La Tactique militaire au XIII^e siècle*, 1886. Koehler, *Die Entwicklung des Kriegswesens und der Kriegführung der Ritterzeit*, 1886-1889.

gulo y coronada del gonfalon ó de la enseña con abundantes flámulas. La izquierda aguanta el *escudo*, broquel de madera liviana, bordeado de metal, y un metro y medio de largo aproximadamente en forma de almendra puntiaguda. El campo del escudo está pintado con colores de ordinario vistosos: en el centro se ve un bulto saliente, el *umbo*; en lo interior, un sistema de correas permite al soldado colgarse el escudo del cuello y mantenerlo firme con el brazo. La armadura, relativamente leve y ligera, le permite absoluta libertad de movimientos. El otro elemento importante del ejército capeto es el de los *aventureros servidores* á pie ó á caballo (*pedites* ó *servientes ad equos*). Menos protegidos de mallas que los caballeros, llevan en lugar del casco un sencillo sombrero de hierro ó de cuero, y se sirven especialmente de armas que no son tenidas por nobles: la pica ó la maza erizada de puntas. Muchos de estos servidores eran escogidos y mantenidos por el propio rey; se procuraba los restantes en las villas de su dominio, principalmente en aquellas con organización municipal, que poseían por lo regular una milicia ya ejercitada. Sens, Laon y Tournai proporcionaban 300; Compiègne, Pontoise y Mantes, 200; Beauvais, 500; la abadía de Saint-Germain-des-Prés, 140, etc. Ya hemos visto que algunas villas, en lugar de este contingente para el ejército, daban una suma considerada como equivalente; otras localidades, como Lorris y Corbeil, no estaban sujetas á una tarifa precisa; pagaban «á voluntad del rey.» Por la paga de veintiuno de esos sirvientes á caballo, durante una semana completa, Felipe Augusto derrochaba unos

4.140 francos, es decir, poco más ó menos unos 24 francos por soldado y por día. Algunos de éstos, tal vez los que formaban su guardia permanente, recibían de él donaciones importantes en tierras ó dinero. El uno obtiene el permiso de viajar libremente por los caminos de París; el otro un almacén fronterero al Châtelet; otros una puerta de ciudad, un molino, los arcos de un puente, un fuero, derechos de usaje en una selva real, viñas ó arpendes de tierra laborable. Es claro que el cuerpo de servidores reales era muy de la estima de Felipe Augusto.

Los otros infantes, equipados más ligeramente, tienen la especialidad de las armas de tiro: honderos, arqueros

destinadas á avistar los enemigos sobre lo alto de la muralla contraria; de máquinas de percusión, arietes, que derrumban los muros, y finalmente de máquinas de tiro, catapultas y pedreras, que lanzan sobre el enemigo enormes piedras ó toneles encendidos. Todos estos ingenios, con frecuencia muy complicados y costosos, eran obra del cuerpo de carpinteros reales dirigido por un *ingeniator*.

Viene finalmente la horda de los pajes de armas y de los granujas, con el interminable convoy de carros y bestias de carga que llevan las provisiones, los bagajes, las tiendas de los combatientes, y con frecuencia hasta el dinero y los archivos del rey.



Navío con combatientes. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

y alabarderos. En los encuentros se les dispone como tiradores al frente de la batalla: comienzan el combate acribillando de pedradas á los enemigos. En los sitios facilitan la aproximación á las murallas á los que manejan las máquinas de guerra y preparan los escalos y los asaltos. A fines del siglo XII el arquero comienza á verse substituído por el alabardero, cuyo arco pesa más, está protegido de un estribo sobre el que obra el pie, y el proyectil—la piedra—es más pesado y dañino. Dícese que fué Ricardo *Corazón de León* quien puso en moda la alabarda, y en este caso no habría hecho Felipe más que imitarle. Los alabarderos del rey de Francia se ven citados con más frecuencia que sus arqueros. El jefe de los alabarderos (*balistarius*) es un personaje importantísimo á quien el rey no escatima las liberalidades.

Completaban el ejército capeto servicios auxiliares, zapadores, mineros é ingenieros encargados de disponer los «ingenios» (*ingenia*) ó máquinas de guerra. Como la guerra consistía principalmente entonces en las operaciones de ataque de las fortificaciones, el arte de cegar los fosos para apoyar en ellos las escalas ó las torres rodadas para practicar brechas en las murallas, de derribar los muros de defensa por medio de la zapa y del fuego, era tenido en alta estima. Felipe era excelente en él y se vanagloriaba de ello. En cada página de su historia militar se trata de galerías de madera ó *chats* rodando sobre una plataforma móvil y apoyándose en los muros de defensa para proteger las maniobras de los zapadores; de bastidas (*beffroi*) divididas en varios pisos y

TOMO II

Llegados al sitio ó lugar del campamento, los hombres instalan sus «trípodes» ó pabellones, tiendas cónicas ó de dos lados, de todos colores, y en el centro de los cuales se levanta el del rey, coronado de un águila ó de un pomo dorado. Para una permanencia un poco prolongada, se toma la precaución de bordear el campo de un foso que rodea una empalizada. Vigías de noche, los *gaites*, dan la señal en caso de alarma. Cuando es necesario levantar el campo, las falcas se desclavan con rapidez y las tiendas se arrollan al poste central y se colocan sobre las bestias de carga. Luego vuelve á emprender su marcha la columna y se ve expuesta á continuas sorpresas, pues las tropas en movimiento desconocían mucho en aquel tiempo todavía el arte de disimularse y protegerse. En su lucha con Ricardo *Corazón de León* (especialmente en Freteval), Felipe se vió muchas veces atacado de improviso por el enemigo, que se ocultaba tras un bosque.

Es poco común que los ejércitos beligerantes se concentren de intento en campo raso para librar batalla campal. La verdadera batalla, como en Bouvines, es un hecho excepcional, y cuando tiene lugar, los príncipes y los jefes del ejército no se exponen á los riesgos de la estrategia. Nada más elemental que la táctica militar de un rey de Francia en los fines del siglo XII. El grueso de la armada va precedido de un cuerpo de vanguardia y apoyado en un cuerpo de reserva, como minimum de precauciones. Los arqueros y los alabarderos comienzan disparando proyectiles; luego los sirvientes se mezclan y combaten cuerpo á cuerpo; finalmente se abre la ca-

ballería y, si es necesario, pasa sobre sus propios infantes. Los caballeros más fuertes y mejor equipados salen de las filas y desafían á los que escogen entre los contrarios; de esta suerte se improvisan duelos por todas partes, dando al campo un aspecto de desorden inextricable. Las masas que luchan encontradas por pequeños grupos tienen, sin embargo, en su conjunto, un movimiento de avance ó retroceso, debido á los resultados de los combates parciales. El objetivo de toda lucha es atravesar de parte á parte el ejército enemigo, yendo á buscar en el grupo principal, donde está el jefe, la enseña enarbolada por el portaestandarte.

En este marenánum, los infantes, sirvientes y pajes de armas intervienen para prestar auxilio á los caballeros de su partido, reemplazar los caballos heridos ó muertos, y principalmente para hacer cautivos á los caballeros caídos de su arzón. La acción concluye con el día. Al siguiente se entierran los muertos y se procede á las operaciones de cambio y rescate de los prisioneros nobles; se remata á los heridos vagabundos, cosa inútil de la que ningún provecho puede ya sacarse. Este carácter peculiar de una batalla en los tiempos de Felipe Augusto varía apenas con el empleo de ciertas argucias de guerra, que nada tienen que ver con la verdadera táctica superior de la milicia, las emboscadas y las retiradas falsas.

El verdadero progreso militar (al que contribuyó el mismo Felipe) está en el arte de atacar, de construir y defender las fortalezas. Los castillos de tiempos de los Capetos y los Plantagenet se diferencian ya mucho de los que vieron terminar el siglo XI. En lugar de los torreones aislados, en forma cuadrada ó rectangular, sin aberturas ni aspilleras, enormes bloques protegidos sólo de su propia masa y del espesor de sus paredes (1), aparecen fortificaciones de conjunto; el torreón no es más que un elemento de resistencia, el último refugio de los defensores. Se continúa, es verdad, colocando el fuerte principal sobre un lugar elevado, de difícil acceso, pero se le envuelve con un doble ó triple cinturón de murallas flanqueadas de torres ó de medias torres redondeadas, separadas entre sí por fosos anchos y profundos. Las murallas se construyen, hasta donde sea posible, sobre roca viva, á fin de evitar los efectos de la mina subterránea; los muros están acanalados y guarnecidos de caminos circulares. Muchas veces también esta enorme fortificación central está protegida por series de fuertes avanzados que dificultan el abordarla. Ya se ha visto que á este plan obedecía la construcción de Câteau-Gaillard, la obra maestra de Ricardo *Corazón de León*.

Los numerosos castillos construídos por Felipe Augusto se reconocen por el plano rectangular del cercano, por las torres semicilíndricas que lo defienden y por los enormes y redondos torreones que lo dominan. El castillo del Louvre y su gran torre, en donde guardaba el rey (desde 1202 por lo menos) su tesoro y sus archivos, han desaparecido; pero en Dourdan, en Issoudún y en Gisors las construcciones de Felipe se mantienen todavía en pie. De todas sus villas, aun las más pacíficas, hubiera deseado hacer plazas fuertes. Rigord y Guillermo *el Bretón* citan con admiración las mura-

(1) Véase *Histoire de France*, tomo II, segunda parte, página 15-16.

llas que elevó, los muros que reparó y los castillos que hizo salir de tierra.

En 1190, en el momento de partir para la cruzada, «ordena que se rodee la parte de París situada al Norte del Sena de un muro continuo bien guarnecido de torrecillas y de puertas fortificadas, verificando otro tanto en las demás villas reales.» A partir de 1210, cuando la coalición empieza á amenazar á Francia, el París de la ribera izquierda es, á su vez, amurallado. De esta gran muralla de Felipe Augusto subsisten todavía algunos fragmentos. Basta contemplarlos para convencerse que los albañiles del rey construían bien. La muralla tenía un espesor de tres metros á flor de tierra y de dos metros y medio á la altura de seis metros; estaba llena de puertas y poternas guarnecidas de torres redondas clavadas en el muro, 34 al Sur y 33 al Norte del Sena. Felipe no escatimaba los gastos (2), y su previsión llegaba á los más mínimos detalles, como lo prueban los recibos que poseemos todavía de algunos trabajos de fortificación. En Corbeil quiere que el muro tenga siete toesas de altura y seis pies de espesor. En Orleans son precisos quince pies de espesor para la muralla, cuarenta pies de ancho y veinte de profundidad para el foso, y catorce toesas de alto para la torre. «Igualmente fortificó, dice Guillermo *el Bretón*, las otras ciudades, burgos y municipios del reino, rodeándoles de muros y de torres inexpugnables.»

Hemos indicado ya que para las intenciones de este rey guerrero los municipios debían ser, ante todo, fortalezas, y las milicias municipales verdaderas guarniciones. Pero Felipe echó raras veces mano de estas tropas para utilizarlas como milicias ofensivas, á título de contingentes regulares destinados á hacer número en las batallas. Sabía demasiado que esta infantería burguesa no tenía más que un mínimo valor como elemento táctico.

Es cierto que se les ve en Bouvines, en la más crítica circunstancia de su vida, y si hemos de dar crédito á una opinión bastante generalizada, las milicias municipales decidieron entonces la victoria y sellaron gloriosamente con su sangre el pacto concluído entre el tercer Estado naciente y la monarquía. Pero sabemos ya que los comuneros de Corbie, Amiéns, Beauvais, Compiègne y Arras no hicieron otra cosa en el campo de batalla que dejarse apabullar por la caballería alemana. Su presencia fué apenas notada, y contribuyó tan poco al éxito final, que en el canto onceno de su *Filippida*, consagrado por entero al hecho de Bouvines, Guillermo *el Bretón* no juzgó oportuno desenvolver ó simplemente reproducir las cortas líneas de su *Crónica en prosa* en que se habla de las tropas municipales.

(2) Guillermo *el Bretón* afirma que el rey de Francia tomó las obras á su cargo. Extremó la delicadeza hasta el punto de indemnizar á expensas de su tesoro á los propietarios del suelo en donde se levantó la muralla y se abrió el foso, precisamente cuando legalmente habría podido expropiarles á título de utilidad pública. «Hizo pasar, añade el cronista, la igualdad por delante del derecho.» Conociendo al hombre podríamos dudarlo; no sería la primera vez que Guillermo *el Bretón* exaltara las virtudes de su héroe á expensas de la exactitud histórica. La gran *Chronique latine de Saint-Denis*, todavía inédita, que fué escrita en el siglo XIV y que reproduce el pasaje de Rigord relativo á la famosa muralla, afirma, por lo contrario, que la construcción se hizo á costas de los burgueses de París, *de substantia civium*, y que aconteció lo mismo en las otras villas. ¿Por dónde pudo saberla el cronista? Se ignora.

Lo que tal vez explica la formación de la leyenda es que un documento de archivos enumera los prisioneros que los diferentes municipios del Norte pusieron á la disposición del preboste de París poco tiempo después de la batalla. Se habrá deducido de aquí que tales prisioneros eran los mismos que las milicias comunales habían tenido el honor de capturar. Nada menos cierto: eran simplemente los que el rey había entregado para que los guardaran y los remitieran posteriormente á París, con destino á las cárceles del Louvre ó del Châtelet. En este supuesto no son las milicias municipales quienes prestaron al rey este servicio, sino el rey quien quiso considerarlas como plazas de seguridad.

CAPITULO VI

EL FIN DEL REINADO

I. La expedición del príncipe Luis á Inglaterra. - II. Los preliminares de la cruzada contra los albigenses. - III. La guerra santa. Simón de Montfort y la conquista del Langüedoc. - IV. Los Capetos en el Langüedoc. Muerte de Felipe Augusto. El hombre y el rey. - V. El reinado de Luis VIII.

I.—Expedición del príncipe Luis á Inglaterra (1)

Después de dar cuenta de la batalla de Bouvines, la *Crónica inédita de Bethune* dice de Felipe Augusto: «Nunca más hubo quien le osara mover guerra, sino que vivió después en grande paz.» Con efecto, durante los nueve últimos años de su vida (1214 y 1223) el rey de Francia no guerreó con nadie. Y no porque la edad menguara su vigor ni su apetito de conquistas territoriales; después de su gran victoria sólo contaba cuarenta y nueve años. Pero quería organizar y consolidar sus conquistas, y no avanzar más que sobre seguro y sin ningún riesgo. Su diplomacia permanece activa, y su ejército asoma todavía por Inglaterra y el Langüedoc, pero ya no es él quien lo dirige. Atiende á esas empresas desde lejos, sin salir de sus castillos de París, Melún, Saint-Germain, Compiègne ó Anet. En el campo sólo se ve al heredero de la corona, el príncipe Luis, encargado de la acción exterior con una aparente independencia que no fué para Felipe Augusto más que un nuevo medio de tentar fortuna sin comprometer directamente su responsabilidad ni su persona.

La insurrección que desde la rota de Bouvines había triunfado del despotismo de Juan *Sin Tierra* permitía al rey de Francia dar vuelos al proyecto que le tenía ganado el corazón: la anexión de Inglaterra. Pero no quería entrar en lucha abierta con Inocencio III. Las pretensiones del príncipe Luis, casado con Blanca de Castilla, sobre la corona inglesa le proporcionaron fácil ocasión de reanudar la empresa sin comprometerse abiertamente. Bastará con que el hijo pareciera obedecer á la propia iniciativa, y el padre, aunque le ayude en secreto, podrá públicamente desaprobale en caso de

(1) FUENTES.—Las principales son: el poema de Guillermo *el Mariscal*, la *Histoire des ducs de Normandie et des rois d'Angleterre*, la Crónica de Roger de Wendover, comprendida en la de Mathieu de París (edición Luard), y la correspondencia de Honorio III, en Pressuti, *Regesta Honorii III*, 1888.

OBRAS DE CONSULTA.—Petit Dutailis, *Etude sur la vie et le ègne de Louis VIII*, 1894, primera parte.

fracaso. Y comenzó una comedia que debía durar dos años (1215 y 1216).

Después que hubo firmado su deshonra, tuvo Juan *Sin Tierra* un acceso de cólera y desesperación. Cuenta una crónica inglesa que hubo de exclamar: «¡Maldita sea la miserable é impúdica madre que me engendró! ¿Por qué me ha nutrido una hembra con su leche? ¿Para qué se me ha dejado crecer en la desgracia? Debieran haberme degollado en vez de alimentarme.» Crujía de dientes, hacía girar con desesperación sus ojos, mordía y roía trozos de madera. Los aventureros que tiene á sueldo se mofan de él para excitar su furor. «Mirad, dicen, al vigésimoquinto rey de Inglaterra; al que no es ni siquiera rey, sino un reyecito, oprobio de los reyes. Mirad al rey sin reino, al señor sin señorío; á aquel cuya vida produce náuseas, porque se ha hecho servil; la última rueda de un carromato, un rey inútil. ¡Pobre hombre, siervo de último rango, á qué miseria y esclavitud hemos de verte reducido!»

Mientras tanto, Juan *Sin Tierra* no perdió la cabeza por completo. Empleó, por lo contrario, todos los recursos de una habilidosa diplomacia para sembrar la división en sus contrarios. Para aumentar las razones que obligaban al papa á protegerle, declara que se cruzará, colocando por este medio su persona y sus tierras al amparo de las leyes cristianas. Inocencio III defiende á su vasallo y protege la cruzada. Ordena á Esteban Langton, arzobispo de Cantorbery, jefe de la nobleza inglesa, que apacigüe el conflicto. La carta del papa está medio escrita en tono de amenaza. Igualmente ordena á los nobles de Inglaterra que cesen en sus conciliábulos ilegales, que paguen el impuesto en cuestión y que se reconcilien con el rey. Para ver de separar la causa del clero de la causa de los laicos, Juan concede á la Iglesia inglesa una absoluta libertad de elección, rápidamente afianzada por una bula de Inocencio. Pero era ya demasiado tarde. Vieron el lazo los ingleses y se mantuvieron unidos.

En Roma, quejábanse los enviados de Juan del atentado cometido por vasallos rebeldes al rey y al papa, su alto soberano. «Juan no ha cedido, decían, más que á la fuerza; los barones, á despecho de la protección apostólica, se han apoderado de la capital del reino y amenazan quedarse con el resto.» Cuando les hubo oído Inocencio III y vino en conocimiento de los artículos de la Carta magna, arrugó el entrecejo con ira y dijo: «¿Cómo es esto? ¡Los barones de Inglaterra intentan destronar á un rey que ha tomado la cruz y que se ha colocado bajo la protección de la Santa Sede apostólica! ¡Quieren adjudicar á otro el dominio de la Iglesia romana! ¡Por San Pedro! ¡No hemos de dejar impune tal audacia!» El 24 de junio de 1215, una bula, fechada en Anagni, considerando que los barones de Inglaterra no habían parado mientes en la apelación hecha por Juan al tribunal de Roma, ni en la soberanía de la Iglesia romana, anuló sencillamente la Carta magna. «En el nombre de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por la autoridad de los apóstoles Pedro y Pablo y por la nuestra, de acuerdo con el parecer común de nuestros hermanos, reprobamos en absoluto y condenamos esta Carta; prohibimos, bajo pena de anatema, que el rey se comprometa á observarla, ó que los barones con sus cómplices le intimen la observancia; declaramos